

SOBRE LA RACIONALIDAD DE LA ORGANIZACION ANDINA

A través de un largo proceso histórico las sociedades andinas prehispánicas llegaron al control y dominio de los recursos de su medio ambiente, de tal modo efectivo y original que la andina es la única área cultural del ecumene con una densa población humana concentrada a más de 3.500 metros sobre el nivel del mar.

A establecer las razones explicativas de la dialéctica hombre-naturaleza en el espacio andino, base de su desarrollo social, han dedicado sus esfuerzos desde hace tiempo los científicos preocupados por la realidad social andina, y entre ellos el antropólogo e historiador Jürgen Golte con su obra *La racionalidad de la organización andina* (1).

Para Golte las sociedades andinas han establecido una racionalidad económica en su hábitat, una congruencia entre su desarrollo material y los medios de producción ofrecidos por su naturaleza circundante, expresado en el alto nivel de productividad social que han logrado obtener en un medio geográfico difícil, caracterizado por abundancia de terrenos no planos, suelos pobres y fácilmente erosionables, dureza del clima e irregularidad de las precipitaciones. Tales desventajas para el desarrollo de las actividades agropecuarias, base económica del modo de vida andino, han sido superadas y vencidas por la forma en que se han organizado económica y socialmente las sociedades andinas. Ante un marco geográfico cuya originalidad estriba en la pluralidad de nichos ecológicos existentes en un espacio reducido, las formaciones sociales andinas han respondido creando en el decurso de su evolución una forma especial de control territorial, expresada en un aprovechamiento simultáneo de los diversos recursos ofrecidos por los diferentes pisos ecológicos.

El fundamento de esta organización económica andina radica en

(1) Jürgen GOLTE, *La racionalidad de la organización andina*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1980, 124 págs.

que los ciclos de los cultivos en los diversos pisos altitudinales no coinciden necesariamente en sus requerimientos de mano de obra, de manera que al haber varios ciclos de producción agraria en varios pisos ecológicos se emplea la fuerza de trabajo campesina durante un **máximo de días en el año agrícola**. Este aprovechamiento multicíclico se constituye en la base de la organización económica andina y es la condición sine qua non de su alto nivel de productividad social. Si hubiese monocultivo agrario generalizado en la sierra andina, dada la débil productividad de sus suelos, la producción no alcanzaría para el mantenimiento de las comunidades en el resto del año. Así pues, a través de diversos mecanismos económicos tales como hacer de la ganadería vacuna y de la cría de animales de corral un complemento de las tareas agrícolas, o realizando variaciones notables en el uso de la mano de obra en las diferentes estaciones, los agricultores andinos mantienen a lo largo del año una alta tasa de utilización de mano de obra.

De esta manera la organización económica andina se caracteriza y diferencia del modo de producción de otras sociedades agropecuarias por el uso prolongado que hace de la fuerza de trabajo en los ciclos de producción agrícola, por las formas especiales de organización productiva que adopta para afrontar el problema de la distancia entre los diversos pisos ecológicos tales como el cultivo comunal y la asignación de chacras a las unidades domésticas, y por la importancia que asume la cooperación en las relaciones de producción.

Establecidos los lineamientos de la racionalidad económica del campesinado andino analiza Golte cómo la introducción de la lógica mercantil a partir de la penetración europea en el espacio andino ha desestructurado a las sociedades campesinas indígenas provocando una crisis estructural en la sierra andina expresada entre otras manifestaciones en el atraso y pobreza en que se encuentra el campesinado andino. La lógica de trabajar para vivir produciendo valores de uso ha sido reemplazada por la lógica de vivir para trabajar y producir valores de cambio, mercancías, intercambiables en una institución —el mercado—, que está fuera del control social de los productores, que además han sido enajenados de sus medios de producción.

La institución que en la época colonial protagonizó el inicio de la mercantilización de la sierra andina fue la hacienda, cuyo patrón de utilización de fuerza de trabajo —en forma de renta monetaria, o a través de servicios personales requiriendo mano de obra de las comunidades— tuvo como resultado adecuar los ciclos de

producción agropecuaria de las comunidades a sus exigencias productivas. Se inicia entonces el asalariado de los campesinos, que venden su fuerza de trabajo en las minas, obrajes, ciudades, con el fin de proveerse de dinero para atender a los requerimientos de la producción mercantil.

En la época republicana se profundizaron las relaciones de los campesinos con el mercado debido al crecimiento de la producción agropecuaria destinada al mercado exterior. Se expande entonces la hacienda mermando por consiguiente el acceso campesino a los recursos andinos: las haciendas ocupan pastos de altura, tierras de cultivo con rendimientos altos, etc. Simultáneamente se produce una diferenciación interna de las comunidades: la privatización de tierras, el diferente acceso al riego, implicó que ciertas unidades domésticas controlasen más recursos y adoptasen una racionalidad acorde con las exigencias del mercado, optando por la producción del monocultivo y abandonando la estrategia productiva policíclica. Esta mercantilización, por tanto, ha generado contradicciones entre los agricultores produciendo una disgregación social en las comunidades: quienes se apoyan económicamente en los cultivos rentables y se insertan en la estructura mercantil se desligan de las instituciones comunales. Como consecuencia de la penetración de las relaciones mercantiles en el seno de las comunidades campesinas en las últimas décadas, la lógica tradicional de la organización andina de la optimización del uso de mano de obra ha sido sustituida por la de maximizar los ingresos por la venta de la producción, y la forma de trabajo asalariado ha ido sustituyendo a la cooperación en las relaciones de producción. La desestructuración de la organización andina, provocada por su mercantilización, se expresa en la sobrepoblación y en la migración: el drenaje de recursos que se produce en el seno de las comunidades estanca su capacidad productiva, viéndose obligadas a reducir su fuerza de trabajo con la expulsión de campesinos a la ciudad.

El impacto de esta penetración mercantil en las comunidades campesinas está en relación directa con su posibilidad de optar por una agricultura muy productiva, de modo que el patrón andino de organización de la producción agropecuaria se mantiene más cuanto menos exista la posibilidad de pasar lucrativamente a la producción mercantil. Así las comunidades campesinas han disminuido considerablemente donde existen condiciones ambientales propicias para una agricultura intensiva, como por ejemplo en la cuenca superior del valle del Mantaro, en el Perú, y se han mantenido donde es posible la conducción de varios ciclos agrope-

cuarios en un espacio reducido y donde las condiciones generales climatológicas impiden o dificultan la introducción de una agricultura muy productiva como en la región sur de la vertiente oriental de los Andes centrales.

Inicia el autor su discurso señalando que las formas de aprovechamiento agropecuario en los Andes son múltiples como consecuencia necesaria del medio, y no como producto de un ideal andino compartido por etnias muy distantes geográficamente entre sí, tal y como sostiene Murra. En la contraposición que establece Golte entre sus postulados antropológicos estructuralistas economicistas y los de la corriente antropológica historicista culturalista cabe ver una de las debilidades teóricas de su discurso. En la construcción del sistema económico andino preincaico e incaico el peso del medio ambiente es uno de los factores condicionantes del proceso social, pero no se constituye en el determinante como sugiere Golte. Tan importante como el marco geoeconómico lo es el marco lógico e ideacional, el sistema de ideas y creencias en el que los hombres andinos organizaron su experiencia. Es el estudio de estos fenómenos supraestructurales tan importante como el de los mecanismos explicativos del funcionamiento de la infraestructura. El autor analiza exclusivamente en su discurso los fenómenos de la producción de las actividades agropecuarias, sin preocuparse por la esfera de la reproducción, que está regulada por las ideas y creencias dominantes en una formación social. Sabemos que en la ideología inca los camélidos y los tejidos ocupaban un lugar muy especial en la organización económica. Más allá de su valor utilitario tales productos eran un mecanismo de poder, pues el intercambio lana-tejidos entre el Estado y las etnias era un procedimiento establecido por la clase dominante cuzqueña para hacer participar de la «ciudadanía» inca a los conquistados. Los tejidos, como los camélidos, además desempeñaban un papel significativo en la vida religiosa y en las crisis del ciclo vital. La arqueología ha revelado cómo en la costa peruana el uso de vestidos en las ceremonias fúnebres era una costumbre preincaica y que su antigüedad era de miles de años. Datos como el expuesto permiten aseverar a Murra la existencia de hábitos culturales panandinos asumidos posteriormente por los incas en la construcción de su sistema económico. Golte, en suma, minusvalora el papel de los factores ideológicos en la construcción de la racionalidad andina. Ciertamente se refiere a ellos cuando señala el rol de cohesión que desempeñan al surgir conflictos y contradicciones entre los agricultores en el seno de la organización andina. La ideología logra que tales conflictos se supediten al fun-

cionamiento del sistema económico a través de diversos mecanismos tales como: deificar la unidad entre pobladores y naturaleza, considerar a la comunidad como algo que se antepone al individuo haciendo referencias continuas a un origen y antepasados comunes. La articulación del sistema de producción y reproducción social conforman la totalidad del proceso social. Golte no establece las mediaciones pertinentes entre un sistema y otro.

En su estudio de las actividades agropecuarias como fundamento económico del modo de vida andino considera Golte que a través de la actividad ganadera se produce una suma continua de excedentes, mayor que la obtenida en los ciclos agrícolas. Se origina por ello una contradicción entre pastores y agricultores tendiendo éstos a apropiarse de los recursos de aquéllos, y a convertirse en sus patrones. ¿Concuerda este planteamiento con los datos históricos? Si aceptamos la alta productividad social de la agricultura prehispánica hemos de plantearnos la posibilidad de que los recursos excedentarios de los agricultores fuesen superiores a los de los pastores. Una agricultura intensiva, de regadío, es más productiva que la actividad extensiva pastoril. En la evolución social del Viejo Mundo la pugna entre los sistemas antagónicos de pastores y agricultores ha supuesto uno de los factores fundamentales del cambio social operado en las diversas civilizaciones. Pero en esta lucha dialéctica han sido los pastores los que se han lanzado a la conquista y apropiación de las feraces tierras de los agricultores. Múltiples ejemplos cabría aducir para confirmar esta suerte de legalidad histórica: bástenos con recurrir a las múltiples embestidas que sufrieron los agricultores de las civilizaciones hidráulicas del Creciente Fértil de los pueblos pastores de los desiertos y estepas que circundan a los valles fluviales del Nilo y la Mesopotamia. En el análisis que realiza Murra de la importancia económica de los rebaños en el sistema económico inca al resaltar la gran importancia socioeconómica de los rebaños para las etnias locales y los linajes reales, ofrece como explicación causal de tal hecho que la dinastía inca vino al Cuzco desde algún lugar del altiplano. Este dato histórico contradice los planteamientos de Golte. En la época colonial los españoles tendieron a sobrevalorar la importancia económica de la llama dado que los pastores pagaban el tributo más fácilmente que los agricultores. El esquema explicativo de Golte parece apoyarse en un planteamiento análogo. En efecto, cuando analiza cómo la economía andina resuelve las contradicciones generadas por la inserción en ella de la economía mercantil, desarrollando estrategias derivadas de sus propios patrones para atender

las exigencias monetarias requeridas por el mundo exterior, enfatiza el lugar preponderante ocupado por la ganadería en la participación en el mercado. Esta importancia de la ganadería en el sistema económico campesino es un resultado de la mercantilización de la organización económica andina. En tiempos prehispánicos, los cultivadores del maíz de la quishwa tenían autoconciencia de ser más productivos que los habitantes de la puna, pastores y cultivadores de papa. Esta mayor productividad se manifestó asimismo en el dominio político que ejerció la sierra sobre la puna. Este problema de las relaciones históricas entre pastores-agricultores en el espacio andino no es apenas entrevisto por Golte en su discurso. En él está ausente el análisis histórico, único que posibilita explicar la dinámica social, los porqués de los cambios sociales, las transformaciones realizadas por las sociedades andinas en su marco geográfico. Nos ofrece Golte un modelo estructural, fijo, de cómo el hombre andino aprovecha los recursos que le ofrece su medio ambiente, sin explicarnos ni considerar la estructura procesal que lo formó.

En su trabajo, Golte estudia y detalla fundamentalmente los efectos desestructuradores que ha producido el impacto del capitalismo en la organización andina. Su tesis de que con tal penetración mercantil se ha producido una inversión de la ventaja natural comparativa de los recursos agropecuarios de la sierra es correcta, pero echamos en falta un análisis de las contradicciones existentes en la organización andina en la época inca. Comprender tales contradicciones es una tarea necesaria para entender el posterior proceso de mercantilización de la estructura económica andina. Golte se limita a señalar en su trabajo que el sistema económico de la época inca era eficaz en cuanto a la asignación de recursos y jerarquizado en su estructuración política. Tener en cuenta cuestiones tales como los mecanismos de succión por parte del Estado de los excedentes campesinos, cómo en la economía inca estaban surgiendo a la llegada de los españoles nuevas formas de organización productiva con la aparición de los «yana» y la simultánea concesión de dominios privados, nos permitiría comprender mejor el proceso de transición de la economía incaica a la economía mercantil colonial que el análisis de Golte no revela, y establecer la dialéctica campo-ciudad en la organización económica andina prehispánica que Golte también nos escamotea.

Tampoco en el trabajo objeto de este comentario se establecen los límites geográficos de la organización económica característica de las comunidades campesinas andinas fundada en el aprovechamiento simultáneo de los recursos agropecuarios de diversos pisos

ecológicos. El espacio andino es un mosaico geográfico. Según se deduce de los planteamientos del autor, su modelo sólo es aplicable a los Andes centrales y centrales meridionales. En la obra no existe ninguna observación acerca de las posibilidades de confrontar su modelo de la racionalidad económica de la sierra peruano-boliviana con la racionalidad dominante en los Andes ecuatoriales.

Finalmente cabe subrayar que el discurso de Golte está impregnado de un peligroso pesimismo antropológico. Según sus tesis, la sociedad campesina andina, ante los embates del capitalismo, sólo puede recurrir a una estrategia: la de la supervivencia mediante el mantenimiento de la estrategia policíclica. Sustenta tal afirmación en diversas consideraciones que interrelaciona en un discurso cerrado. Las comunidades con posibilidades de adecuar su producción a los requerimientos del mercado capitalista optan por insertarse en él, mediante la asunción de la producción en monocultivo y el rechazo de la estrategia policíclica. Golte asume una actitud hiper-crítica ante los campesinos que realizan tal opción porque, en su opinión, la producción en monocultivo no puede generalizarse dada la baja productividad del medio andino y porque al no transformar la productividad exigua no eliminan la razón de ser de la organización andina, ostentando frente a ella una existencia parasitaria. Sorprende esta última afirmación por su maximalismo al no cuantificar la productividad exigua de estas comunidades que han optado por afrontar el reto del mercado capitalista. La opinión de Golte difiere con los resultados exitosos en términos de racionalidad capitalista que han obtenido muchas de estas comunidades, denominadas «punta» por determinados antropólogos y economistas, las cuales se han insertado en la estructura mercantil sin perder sus caracteres socio-culturales como comunidad.

Ante el problema de la baja productividad del medio andino, Golte cae en una especie de fatalismo histórico. Frente a otros autores que reflexionan sobre la necesidad de adoptar una serie de medidas políticas y económicas para combatir la situación de miseria y atraso del campesinado andino —tales como garantizar un acceso igualitario a las tierras disponibles, conseguir una transformación técnica en la agricultura campesina andina, establecer políticas de industrialización, generar empleo en el área rural, estimular la organización campesina—, nuestro autor obvia estas cuestiones, urgentes para el campesinado indígena, y ofrece como solución a los sangrantes problemas del campesinado andino exigir el mantenimiento de la estrategia policíclica, tradicional, al considerarla como el óptimum en condiciones adversas. Defender tal acti-

tud es contribuir a que las sociedades campesinas andinas se conviertan en un museo viviente, en un laboratorio para determinados etnólogos y folkloristas. Exigir el mantenimiento de su organización tradicional productiva no coadyuva a solucionar los problemas vitales de los hombres andinos.

LEONCIO LOPEZ-OCÓN CABRERA

Departamento de Historia de América
Centro de Estudios Históricos. CSIC